

Jo, ¡qué fantasma!

FERNANDO ALMENA



*A Mercedes y Miguel,
de quienes tanto amor
he recibido.*

Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración
Antonio Perera



Coordina la colección
Esperanza Fabregat

Diseño
Alfonso Méndez Publicidad

Maquetación
Covadonga del Rosal

Impresión
Brosmac, S.L.

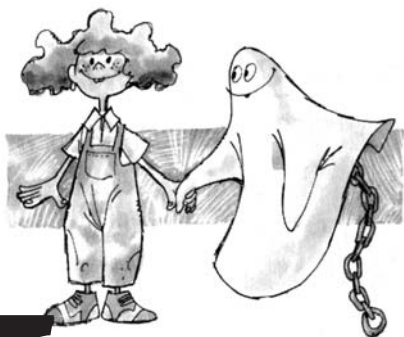
Depósito legal:

ISBN: 978-84-95280-01-5

© Fernando Almena

© de la edición en castellano

DYLAR Ediciones
Tel.: 902 44 44 13
e-mail: dylar@dylar.es
www.dylar.es



¡O, *¡qué* *fantasma!*

FERNANDO ALMENA

Fernando Almena



¿Conoces al autor?

Cordobés de nacimiento. Sus orígenes como escritor los encontramos en el teatro. Género en el que ha obtenido numerosos premios. Más tarde, se adentra en la Literatura Infantil y Juvenil y publica un gran número de libros, que se reparten entre teatro y novela, aunque también ha publicado poesía y cuento.

En novela para niños ha sido galardonado con el premio El Barco de Vapor, y en teatro infantil con el premio AETIJ y el Premio Teatro Guerra. Incluido en la lista de honor del Banco del Libro de Venezuela y por tres veces en la de la CCEI.

Variado no sólo en los géneros que escribe, sino también en las temáticas: de carácter histórico, ciencia ficción, leyendas, fantasía, humor...

Rellena tu ficha



El autor de «¡Jo, ¡qué fantasma!»
se llama

y nació en

Lo primero que escribió pertene-
cía al género del

Obtuvo el premio

..... en novela infantil

y el premio y el

..... en

teatro infantil.

Escribe sobre temas variados

como

.....

.....



El país de los fantasmas

Jo era un fantasma muy joven. Tan joven como travieso. No había fantasmita tan revoltoso como Jo en todo el País de los Fantasmas.

El País de los Fantasmas se encuentra en un lejano rincón del mundo de la Fantasía. Muchos son los que han intentado localizarlo. Pero sin éxito. El mundo de la fantasía es demasiado extenso. Dicen que está hecho de sueños, y los sueños son infinitos.

Los sueños son más ligeros que el aire, que una nube y que el canto del ruiseñor. Por eso nadie los logra apresar.

Con los sueños se construyen los cuentos. Cuentos volanderos: de boca en boca, de padres a hijos, de abuelos a nietos, y a menudo se posan en los libros.

Los fantasmas no tienen cuerpo material, son espíritus. Visibles sólo entre sí. Como su mayor diversión es asustar a los humanos, suelen cubrirse con una sábana, pues si no, nadie los vería. Y si nadie los viera, ¿a quién iban a asustar?

Los fantasmas se preparan en su país para asustar a la gente. Y sólo cuando están muy entrenados, deciden viajar al mundo de los humanos. Claro que, aun así, muchos fracasan. Los más espabilados suelen meterse en un castillo, y ahí es más fácil. Un castillo sin fantasma ni es castillo ni es nada.

Los visitantes de los castillos ya van con la idea de que entre sus muros se esconderá un fantasma. Así que en cuanto aparece envuelto en su sábana o arrastrando cadenas empiezan a dar unos gritos horribles, y el fantasma disfruta de lo lindo al sentirse terrorífico.

De los turistas que visitan los castillos, los más gratos para los fantasmas son los americanos. Gritan a coro y acompasados, pues antes de salir de su país para visitar castillos suelen hacer un curso de gritos y sobresaltos. El único inconveniente es que, a veces, manchan de coca-cola o de salsa de mostaza la sábana del fantasma y se les queda más tiesa que un soldado delante de un general. Aunque peor es cuando le quitan la sábana para llevársela de recuerdo. Al pobre fantasma lo dejan desnudo como una rana. Suerte que sea invisible.

Los visitantes de los castillos más discretos son los japoneses que, en vez de gritar, sonríen y toman fotos. Cuantas más, mejor.

Los dueños de castillos se desesperan cuando se quedan sin fantasma. Algunos tienen que contratar a alguien del pueblo para que actúe de fantasma, pero no suele dar buen resultado porque los castillos son muy fríos y el fantasma se constipa. Los turistas se dan

cuenta del engaño en cuanto estornuda. No existe nada más ridículo e increíble que un fantasma acatarrado.

Los turistas más desagradecidos para los fantasmas son los españoles. En vez de asustarse, se dedican a tocar los muebles y cuadros del castillo o a levantarle la sábana al fantasma para ver qué lleva debajo. Cuando no, a escribirle carteles en la sábana: «Aquí estuvo Pantaleón con su mamá de excursión», «Por aquí pasó Felipe cuando se curó de la gripe». No comprenden que los fantasmas son insensibles a su espíritu poético.

Pero no todos los fantasmas tienen la suerte de encontrar un castillo libre. Por eso muchos fracasan y tienen que regresar a su país sin haber conseguido asustar ni a una inocente monjita.

Uno de los mayores fracasos que se recuerdan en el País de los Fantasmas fue el de aquél que, a falta de castillo, eligió una lavandería como campo de operaciones. Lo metieron, junto con su sábana, en una de las lavadoras e in-

cluso lo centrifugaron. Tuvo que volver a su país y montar un tiovivo, porque desde entonces no sabía más que dar vueltas.

Sí, Jo era un fantasma muy joven. Tan joven como travieso. Ya quedó dicho. En todo el País de los Fantasmas no había fantasmita tan revoltoso como él. Ni fantasma que no temblara al oír su nombre. Pero el fin de los fantasmas no es temblar, sino que tiemblen los demás.

Jo asistía a la escuela, donde todos los fantasmitas aprendían el arte de asustar a los seres humanos. El maestro era un fantasma viejo, veterano de muchos miedos y con el prestigio de haber aterrorizado a numerosos cantantes y dentistas, que son los únicos que últimamente pueden permitirse el lujo de vivir en un castillo. En los castillos antes vivía la nobleza. Pero ahora los nobles malviven como los escritores: del cuento.

El maestro enseñaba todo lo que un fantasma que se precie debe conocer.

—A ver, chicos, ¿la u con la hache?

—¡Uuuh...! —repetía la chiquillería fantasmal. Y se estremecían las invisibles paredes de la escuela.

A Jo estas clases le parecían una tontería. Pensaba que ya sabía todo lo que un fantasma necesita para conseguir que huya aterrado cualquier humano que se ponga a tiro.

Si el maestro preguntaba:

—¿Cómo asustaríais a una señora imponente, de esas que viven en los castillos y a las que nada parece atemorizar?

Unos respondían con un «¡juuuh...!» prolongado. Algunos, agitando los brazos. Otros, imitando el sonido de las cadenas al ser arrastradas.

Jo, en cambio, se echaba a reír y decía:

—¡Qué bobada! Metiéndole un sapo por el escote.

Y también:

—¡Chupado! Metiéndole un caimán en la bañera.

El maestro fruncía el ceño y regañaba a Jo:

—No es serio que un fantasma haga esas gamberradas. Un fantasma es un



profesional y ha de atenerse a las normas de la fantasmería.

Pero Jo pensaba que cualquier medio es lícito para asustar a la gente. Y si además es divertido, tanto mejor. Opinaba que un fantasma ha de tener imaginación. No limitarse a la sábana, a las cadenas y a cuatro grititos de búho tartaja. Y defendía que un fantasma tiene que ser original a la hora de meter miedo. No como los humanos, que para asustar, sólo saben valerse de Hacienda, de la suegra o de un amigo palizas.

La razón de que a Jo le gustaran las travesuras era que quería practicar para cuando fuera al mundo de los humanos. Y práctica no le habría de faltar, no.

En cierta ocasión, a un fantasma que iba por vez primera al mundo de los humanos le cambió las cadenas por una ristra de salchichas.

El fantasma tuvo la suerte de encontrar libre un castillo en Inglaterra. Pensaba aterrorizar con el ruido de sus cadenas

a lo más selecto de la aristocracia inglesa. ¡Menudo chasco la primera noche cuando comenzó a arrastrar las cadenas! Más que cadenas parecían las zapatillas de un abuelete con reúma.

Pero no quedó ahí:

Los dueños del castillo, como sensibles ingleses que eran, amaban los animales. Por ese motivo, poseían un gran número de perros, que empleaban para la caza del zorro.

En cuanto a los chuchos les llegó el penetrante olor de las salchichas, corrieron hacia el castillo y se abalanzaron sobre tan suculento manjar. Devoraron hasta la sábana del sorprendido fantasma que, con el miedo metido en el espíritu, escapó hacia su país y pidió a perpetuidad el puesto de barrendero.

Nunca más, dijo, volvería al país de los humanos, que describió como terribles seres de cuatro patas, con rabo, afilados dientes y ávidos devoradores de cadenas. Los fantasmas pensaron que debía de haberse vuelto loco.

En otra ocasión, aprovechando un descuido del fantasma fabricante de cadenas, Jo ocultó un gigantesco imán entre las muchas que tenía almacenadas. Las cadenas se imantaron y se convirtieron, a su vez, en potentes imanes. Pero sólo Jo lo sabía.

A partir de entonces, cada vez que el fabricante iba a coger una cadena, le costaba un tremendo esfuerzo separarla de las demás. No se explicaba lo que ocurría. No obstante, la entregaba al fantasma que la solicitaba.

Cuando los fantasmas, ya en sus correspondientes castillos, empezaban a arrastrar las cadenas, una fuerza misteriosa tiraba de ellas y las elevaba por los aires. Ellos iban detrás, tratando de sujetarlas. Terminaban atados a las velas, armaduras, lámparas y a todo cuanto de hierro pueda imaginarse en un castillo. Incluso uno terminó atado a la silla de ruedas de una marquesa paralítica que, de la impresión, se levantó y echó a correr escaleras abajo. El personal del castillo, al verla, gritaba: «¡Milagro, milagro!».

Lo que verdaderamente colmó la paciencia de los fantasmas fue cuando Jo se dedicó a dibujar monigotes en las sábanas. Cada vez que un fantasma aparecía agitando su sábana, en vez de pasar miedo, la gente se partía de risa. Y risa es lo último que un fantasma serio puede dar.

Este suceso provocó que se reunieran los mandamases del país, es decir, los mayores fantasmas. Tras largas deliberaciones y no pocos esfuerzos, ya que los mandamases carecen de cerebro — por ser espíritus—, decidieron que lo mejor sería quitar a Jo de en medio. Para lo cual acordaron que era llegado el momento de que partiera al mundo de los humanos y se dedicara a darles la matraca a ellos, o sea, a asustarlos.

Jo recibió con alegría la noticia, que llevaba largo tiempo esperando.

La única condición que le pusieron, por miedo a lo que pudiera organizar, fue que renunciara a su facultad de atravesar paredes o cualquier otro

cuerpo sólido. Condición que no le hizo ni pizca de gracia, pues sabía que su espíritu, aunque fuera invisible, sería tan vulnerable como el de cualquier humano. Pero tuvo que aceptarla, ya que por nada renunciaría a ir al mundo de los humanos. Los mandamases, como no se fiaban de él, le pidieron que lo prometiera.

—¡Vale, tíos! —dijo Jo con solemnidad.

Fórmula un tanto extraña para jurar o prometer, que no convenció a los mandamases. Pero tuvieron que aceptarla porque Jo se confesó objetor de conciencia y aseguró que era la única forma que le estaba permitida.

Así fue como Jo, con su sábana y un par de cadenas, voló hacia el mundo de los humanos.

En el País de los Fantasmas comenzó a reinar la paz.